

surgiendo a lo largo de la obra cuando, muy acertadamente, se incluyen al aludir a la temática a la que hacen referencia.

Por todo lo señalado consideramos que nos encontramos ante una obra de referencia, no solo para conocer esa relación existente entre Bizancio e *Hispania*, que, en muchos aspectos, permanece como una gran desconocida, sino también para conocer un capítulo tan importante de nuestra historia y, por ende, del devenir histórico del Mundo mediterráneo de la Antigüedad Tardía.

Aitor FERNÁNDEZ DELGADO
Universidad de Alcalá
aitor.fernandez@uah.es

Mirella ROMERO RECIO, *Ecos de un descubrimiento. Viajeros españoles en Pompeya (1748-1936)*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2012, 285 pp., 47 ilustraciones [ISBN: 978-84-96813-76-2].

Las excavaciones de Pompeya comenzaron en 1748 gracias al mecenazgo del futuro Carlos III de España, por aquel entonces monarca de Nápoles. A partir de entonces han sido numerosos los españoles y españolas que han visitado el lugar y han quedado sobrecogidos por la visión de la ciudad desenterrada, tal y como quedó tras ser sepultada por la violenta erupción del Vesubio en el año 79. Algunos, la mayoría, dejaron sus impresiones por escrito, bien en su correspondencia personal, bien en obras de carácter literario o, más tarde, en artículos publicados por la prensa del momento que gozaron de gran aceptación. Otros, también impresionados por lo que habían visto, lo utilizaron como poderosa fuente de inspiración al servicio de su profesión, pintando cuadros de temas pompeyanos, que al albor del Romanticismo, llegaron a estar muy de moda en toda Europa, levantando edificios de estilo neohelénico o imitando los motivos de los frescos que habían encontrado en el Museo de Nápoles en los interiores palaciegos que decoraban.

De todo ello habla este libro, magníficamente escrito y excelentemente documentado, con una proliferación de citas de los autores mencionados, de ilustraciones y figuras que permiten al lector hacerse una idea cabal de lo que está leyendo: los ecos de un descubrimiento, como reza al título, la influencia que causó Pompeya a todos aquellos que la visitaron y cómo se tradujo en la visión, un tanto idealizada y en ocasiones artificial, que la sociedad culta e ilustrada llegó a tener del pasado griego, ya que, por paradójico que pueda parecernos ahora, eran sus huellas las que se buscaban, y, de paso, del romano, mucho menos apreciado. Eruditos como Francisco Pérez Bayer, religiosos como el jesuita Juan Andrés y Morell, y el abate José de Viena y Clavijo, figuran entre los primeros de una larga nómina que, aún siendo menor que el

número de extranjeros que llegó a visitar la ciudad desenterrada, fue incrementándose con el paso del tiempo.

La autora ha organizado con tino este abundante grupo de viajeros a la ciudad campana en una serie de capítulos de acuerdo a su oficio y ocupación. Tras una breve, pero necesaria introducción, un capítulo dedicado a los primeros eruditos españoles que llegaron a Pompeya, de los que ya hemos nombrado algunos, inaugura la obra. A continuación “Arquitectos hispanos en la ciudad muerta” nos introduce en los viajes realizados por Juan de Villanueva, Isidro González Velázquez, Aníbal Álvarez Bouquel y Antonio de Zabaleta, junto con algunos pensionados españoles en Roma como Francisco Jareño, que más tarde diseñaría el edificio que en Madrid alberga la Biblioteca Nacional y el Museo Arqueológico, o Jerónimo de la Gándara, entre otros, así como sus impresiones y la influencia que el viaje dejó en sus obras posteriores. En “Los pintores españoles recorren el yacimiento”, el siguiente capítulo, se abordan los viajes realizados por José del Castillo, uno de los primeros, Francisco Sáinz y Bernardino Montañés, pensionados en Roma, que introdujeron en España la corriente pictórica “pompeyista”. La fundación de la Academia Española en Roma en agosto de 1981 sirvió de importante apoyo para el interés por Pompeya y las antigüedades de los artistas españoles, destacando las obras de Manuel Ramírez Ibáñez, Vicente Palmaroli González, José Garnelo, Mariano Fortuny, Alejo Vera y Joaquín Sorolla, entre otros.

Los viajes de los literatos son el objeto del siguiente capítulo, “Los escritores pasean por las calles de Pompeya”, en el que se plasman, tan magistralmente como hasta ahora, las impresiones vividas por Leandro Fernández de Moratín, Ángel de Saavedra, Juan Valera, Pedro Antonio de Alarcón, Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno, Vicente Blasco Ibáñez, Carmen de Burgos Seguí, Julio Camba y Gonzalo Morenas de Tejada, con profusión de citas de las cartas que escribieron, algunas publicadas en la prensa, y de las obras en las que, bien narraron sus experiencias, como *De Madrid a Nápoles* de Alarcón, o bien fueron fruto de la inspiración producida por el viaje y el encuentro con Pompeya, que se plasmará tanto en la temática como en los personajes, así en *Entre Naranjas y Mare Nostrum* de Blasco Ibáñez. A destacar el cambio que se produce a partir de Pérez Galdós, el primero que no sintió tristeza y no la percibió como una ciudad muerta y la intensidad, y el entusiasmo con que, cautivado por la emoción, la describe Blasco Ibáñez, al que la ciudad le pareció estar viva e intacta. Curiosa es también la reacción de cada cual ante la contemplación de las imágenes del lupanar y los objetos contenidos en el gabinete secreto del Museo de Nápoles, considerados obscenos e inmundos por algunos y hasta graciosos por otros, según las creencias y la influencia de la religión y, cómo no, las épocas, para culminar en el juicio desapasionado y profundamente histórico de Carmen de Burgos, a quien enervaban las mojigaterías que habían ocultado y criticado la belleza de aquellas obras.

El siguiente capítulo, “Políticos y misiones oficiales hacen escala en la ciudad campana”, nos introduce en las visitas que arqueólogos, profesores, diplomáticos, ministros y embajadores, hicieron a la ciudad, desde Ramón Lozano, que viajó al lugar en mayo de 1842 y fue el primero entre los españoles en defender la idea de realizar un

museo al aire libre dejando los objetos *in situ*, hasta los integrantes del denominado crucero universitario por el Mediterráneo en el verano de 1933, un nutrido grupo de profesores y estudiantes, entre los que figuraban Manuel Gómez Moreno, Lluís Pericot, Antonio García y Bellido, Juan Maluquer de Motes, Jaume Vicens Vives, María Tello, María Rosario Haussman, Julián Maris y Esmeralda Gijón Zapata, entre otros, pasando por Francisco Pi y Margall, José Muñoz Maldonado, Gabriel Alomar, Lázaro Bardón y Gómez, que conoció el Pompeyorama, un llamativo invento a base de artificios ópticos que se había instalado en Posilipo y recreaba en doce cuadros escenas de la vida de la ciudad, el arqueólogo Juan de Dios de la Rada, que llegaría a ser director del Museo Arqueológico Nacional y Vicente Morena de la Tejera, médico militar, estos dos últimos miembros de la expedición de la fragata Arapiles.

Termina la obra con un capítulo titulado “Turistas españoles en Pompeya” que está dedicado a aquellos que visitaron el yacimiento aprovechando una estancia de trabajo, como Marcelino Menéndez Pelayo, una peregrinación al Vaticano, caso de José María León y Domínguez y Urbano Ferreiroa, o quienes lo aprovecharon o para escribir una guía, la primera en español, como José de Lasa. Mención especial han merecido Emilio Pi y Molist (autor de unas extensas *Cartas sobre Pompei* que podían hacer las veces de guía a los viajeros deseosos de llegar a las excavaciones) y Víctor Martín Corralé, ambos médicos, psiquiatra el primero, y autor el segundo de una monografía y diversos artículos en una publicación periódica especializada, donde vertió, junto a otras impresiones, y al igual que su colega Pi y Molist, su peculiar interés por algunos aspectos concretos relacionados con su profesión. Mariano Benlliure, Mateo Silvela, Rafael Balsa de La Vega, María Victoria Maura, Manuel Verdugo o León Martín-Gramizo son otros tantos de estos “turistas” españoles que visitaron Pompeya y nos dejaron el relato de sus impresiones.

El libro incluye además un “Cuadro Cronológico de Viajeros”, una nutrida bibliografía y un muy útil índice onomástico. Llegados a este punto, al final de su lectura, el lector que ya ha visitado la ciudad enterrada por el Vesubio rememora las emociones por él vividas y siente la imperiosa necesidad de volver algún día, a ser posible no muy lejano, y aquel que aún no la ha contemplado paseando entre sus ruinas ha encontrado motivos sobrados para hacerlo.

Carlos G. WAGNER
Universidad Complutense de Madrid
cgwagner@ghis.ucm.es